

# La morada del Espíritu Santo

## (8.9, 11)

Son tres veces en Romanos 8.9, 11 que se hace referencia a la morada del Espíritu Santo en los cristianos:

... vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si [...] el Espíritu de Dios mora en vosotros (vers.º 9a).

... si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros (vers.º 11).

La morada del Espíritu en los cristianos constituye una bendición de la cual no gozan los no cristianos; sin embargo, ¿en qué consiste? ¿Qué clase de relación tiene el Espíritu Santo con los hijos de Dios? Hay muchas preguntas relacionadas con el Espíritu Santo y los cristianos para las cuales no tenemos respuesta; a pesar de ello, no deja de ser valioso un repaso de lo que el Nuevo Testamento enseña sobre el tema.

### EL ESPÍRITU SANTO ES DADO

Esto fue lo que anunció Jesús en Juan 7.38: «El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva [Isaías 44.3]». Luego Juan explicó: «Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (vers.º 39). Este comentario de Juan nos dice que el Espíritu Santo habría de ser dado a todos los creyentes más adelante, esto es, después que Jesús fuera glorificado (hablando de Su muerte, sepultura, resurrección y ascensión). Según estas palabras de Juan, esta concesión del Espíritu Santo había de ser algo nuevo, esto es, una concesión no relacionada con los tiempos antiguo-testamentarios, sino que habría de ser exclusiva de

la era cristiana.

Durante las últimas horas anteriores a Su muerte, Jesús anunció a Sus apóstoles que Él enviaría al Espíritu Santo después que partiera de esta tierra (Juan 14.16–17, 25–26; 15.26–27; 16.7–14). La mayoría de las cosas que Jesús dijo acerca del Espíritu tuvieron aplicación directa y exclusiva a los doce (vea 14.16; 16.13); sin embargo, hay insinuaciones de que en la Era Cristiana se lleva a cabo un ministerio del Espíritu. Por ejemplo, en Juan 14.16, Jesús dijo: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro<sup>1</sup> Consolador, para que esté con vosotros para siempre». La palabra «Consolador» se traduce de *parakletos*, una palabra compuesta que proviene de *para* («juntamente») y *kaleo* («llamar»). Por lo tanto, al Espíritu Santo se le refiere a veces como «el Paraceto». La palabra se refiere a «uno llamado a estar a la par» para ayudar, animar, fortalecer y consolar. En la AB se lee «Consolador (Consejero, Ayudador, Intercesor, Abogado, Fortalecedor y Sustituto)».

Después que Jesús ascendió, Él derramó el Espíritu Santo sobre los apóstoles en el día de la fiesta judía de Pentecostés (vea Hechos 1.9; 2.1–4, 33). Los apóstoles recibieron lo que comentarios más antiguos llamaban «el don extraordinario del Espíritu», que incluía la habilidad para hacer milagros (vea Hechos 2.4; 3.1–8; 5.12). Luego, cuando Pedro se acercaba a la conclusión de su sermón, él ofreció a sus oyentes lo que los comentarios solían llamar «el don ordinario del Espíritu». El apóstol dijo a los que habían creído: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del

<sup>1</sup> Jesús dijo «otro Consolador» porque Él fue el Consolador de los apóstoles mientras estuvo con ellos sobre la tierra.

Espíritu Santo» (Hechos 2.38).

La frase «don del Espíritu Santo» puede tener una diversidad de significados; sin embargo, la mayoría de los estudiosos coincide en que en Hechos 2.38, ella se refiere al Espíritu Santo en sí como don.<sup>2</sup> En Hechos 5.32, Pedro se refirió al «Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen». En 1<sup>era</sup> Tesalonicenses 4.8, Pablo habló de «Dios, que también nos dio su Espíritu Santo».

Note dos verdades acerca de la promesa del Espíritu que se hace en Hechos 2.38. En primer lugar, el Espíritu Santo se da a las personas en el momento del bautismo en agua. En segundo lugar, el don del Espíritu se promete a todos los que sean bautizados de conformidad con las Escrituras. En otras palabras, toda persona que sea cristiana ha recibido «el don del Espíritu Santo». Esto nos dice que el propósito del don no era dar habilidades milagrosas a los receptores. Que yo sepa, no hay quien afirme que todos los cristianos de tiempos neotestamentarios llevaban a cabo milagros, pero sí es manifiesto que todos los cristianos tenían «el don del Espíritu Santo», al cual se hace referencia en Hechos 2.38.

No es el propósito de este estudio comentar los milagros que se hacían en el siglo primero. Baste con decir que «el don extraordinario [milagroso] del Espíritu» se limitó a los primeros días de la iglesia, mientras que «el don ordinario» es para todos los tiempos, esto es, hasta que el Señor regrese.

¿Cómo sabe uno que ha recibido «el don del Espíritu Santo»? No es porque experimente una sensación en el sentido de que sea «mejor sentirlo que saberlo», sino porque la Biblia dice que Dios da el Espíritu cuando uno es bautizado conforme a las Escrituras. El cristiano sabe que ha recibido «el don del Espíritu Santo» del mismo modo que sabe que ha recibido «el perdón de [sus] pecados», esto es, lo sabe porque Dios siempre cumple Sus promesas (vea Romanos 4.21; 1<sup>era</sup> Corintios 1.9; Tito 1.2). Conocer las promesas que hace el Señor en Hechos 2.38, y creer en ellas, debería hacer que nos sintamos bien; sin embargo, sentirnos bien es el resultado, no la prueba. El testimonio de las Escrituras es la prueba incuestionable de que verdaderamente hemos recibido el Espíritu Santo como don.

Algunos se aferran a ideas muy particulares acerca del Espíritu Santo. Son personas a quienes se les puede decir que Dios está activo en sus vidas y se mantienen relativamente tranquilas. No obstante, cuando se imaginan que han «recibido el Espíritu

Santo», se comportan de forma errática. Señalé anteriormente que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno solo. También señalé que aquello que se diga que hace uno de ellos, también se puede decir que lo hacen los tres. Por lo tanto, cuando comento Hechos 2.38, a menudo digo: «Cuando ustedes fueron bautizados, Dios les dio Su propio Espíritu para ayudarles». No vea la frase «el don del Espíritu Santo» como una frase que tiene matices ocultistas. Antes, haga de cuentas que el significado es que Dios inicia una relación especial y personal con usted, una relación que usted no tenía antes de ser bautizado.

### SELLO Y GARANTÍA

¿Por qué nos dio Dios este don especial? Uno de los propósitos del don del Espíritu es servir de «sello» de nuestra salvación y de «arras» de nuestra herencia eterna. Por ejemplo, Pablo dijo en 2<sup>a</sup> Corintios 1.21–22: «Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones». En Efesios 1.13–14, esto es lo que leemos: «En [Cristo] habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión...».

En los tiempos bíblicos, un sello tenía una diversidad de propósitos: Indicaba quién era el dueño, garantizaba la autenticidad y daba seguridad. Tener el «sello» del Espíritu se relaciona con los tres propósitos anteriores: Nos identifica como propiedad del Señor (vea 1<sup>era</sup> Corintios 6.19b, 20a), proclama que somos verdaderamente cristianos,<sup>3</sup> y nos da certeza de la protección de Dios (vea Romanos 8.26–28, 37). En Romanos 8.9, Pablo señaló el aspecto de propiedad divina. Dijo que «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él». En Gálatas 4.6 recalcó el asunto de la autenticidad. En este versículo, Pablo dijo: «Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!». (Note que Dios no envió el Espíritu a nuestros corazones para hacernos hijos, sino porque somos hijos.)

Al don del Espíritu Santo también se le refiere como «arras». Además de los pasajes que ya se hicieron notar, 2<sup>a</sup> Corintios 5.5 habla de «Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu». La palabra «arras» proviene de *arrabon*, que se refería a «“fianza monetaria” depositada por el comprador, a la cual

<sup>2</sup> Repase los comentarios sobre Hechos 2.38 que se presentan en la lección «La carne frente al Espíritu (8.5–13)».

<sup>3</sup> Vea los comentarios sobre Romanos 8.9 en la lección «La carne frente al Espíritu (8.5–13)».

se renuncia si la compra no se lleva a cabo».<sup>4</sup> En mi ejemplar de la NASB se presenta esta nota sobre «arras»: «Nuestro desembolso inicial». Otros términos que expresan la idea de *arrabon* son «depósito» y «garantía».<sup>5</sup>

¿De qué es «depósito» el don del Espíritu? ¿De qué es «garantía»? En Efesios 1.13–14 se habla de «el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión». Más adelante, en Efesios 4.30, Pablo usó la palabra «sello» para referirse al mismo asunto, cuando habló del «Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención». ¡El don del Espíritu Santo es un sagrado «depósito» del cielo, una «garantía» de nuestro galardón eterno!

Hay otro aspecto de la palabra *arrabon* que vale la pena hacer notar. En tiempos bíblicos, cuando dos hombres se ponían de acuerdo en cuanto a la compra-venta de una propiedad, a veces el vendedor tomaba del suelo un pedazo de césped y se lo daba al comprador como un *arrabon* de buena fe. Cuando una casa se vendía, el vendedor arrancaba un puñado de paja del techo como un *arrabon* para sellar el acuerdo. Algunos autores insinúan que al don del Espíritu Santo se le puede considerar, no solamente como «una garantía» del cielo, sino también como «un pedazo» del cielo mismo, ¡un anticipo de bendiciones que vienen!

### LA MORADA DEL ESPÍRITU SANTO

En 2ª Corintios 1, cuando Pablo se refirió al don del Espíritu Santo, él dijo que Dios nos dio «el Espíritu en nuestros corazones» (vers.º 22). En Romanos 5 dijo que «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (vers.º 5). Para expresar el concepto del Espíritu Santo «en nuestros corazones», Pablo dijo que Éste mora en nosotros. Como se hizo notar anteriormente, esta clase de terminología se usó tres veces en Romanos 8.9, 11. Pablo usó esa expresión también en otras cartas. Por ejemplo, él dijo en 1ª Corintios 3.16: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (vea 1ª Corintios 6.19; Efesios 2.22). Como ya se dijo, en su segunda carta a Timoteo, él

---

<sup>4</sup> W. E. Vine, Merrill F. Unger y William White, Jr., *Vine's Complete Expository Dictionary of Old and New Testament Words* (Diccionario expositivo completo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento de Vine) (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1985), 190.

<sup>5</sup> J. Behm, «*arrabón*», en Geoffrey W. Bromiley, *Theological Dictionary of the New Testament* (Diccionario Teológico del Nuevo Testamento), ed. Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich, trad. Geoffrey W. Bromiley, abr. (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1985), 80.

habló del «Espíritu Santo que mora en nosotros» (2ª Timoteo 1.14). La palabra griega que se traduce por «mora» (de *oikeo*) significa «fijar residencia en». Indica que «el morador» es el que ahora controla «la morada».

La aceptación del hecho de que el Espíritu mora en nosotros, debería hacer que nuestras vidas sean diferentes (vea 1ª Corintios 3.16–17; 6.19–20). ¿Qué debería hacer usted si recibiera noticias de que Dios o Cristo vienen a vivir en su casa? Es probable que correría a ella y comenzaría a limpiarla, y no sería este un trabajo que haría a medias. Para algunos, la idea de «limpiar la casa» es meter en un armario o debajo de una cama todo lo que no debe estar a la vista. No obstante, si es Dios quien viniera a morar con ellos, limpiarían la casa en su totalidad. Nosotros somos el lugar donde mora el Espíritu Santo. A este se le llama Espíritu Santo, porque es santo. Para que Él viva en nosotros, ¡necesitamos vivir vidas santas! Uno de los propósitos que tuvo Pablo al escribir Romanos 8, fue demostrar esta verdad: En vista de que el Espíritu Santo vive en ustedes, ¡entonces deben actuar de conformidad (vea Romanos 8.13b)!

La pregunta que inquieta a muchos es cómo, o en qué sentido, mora el Espíritu Santo en nosotros. Pablo no hizo ningún intento por explicar el «cómo» de la morada. Sencillamente dijo que el Espíritu mora en nosotros y que esto debe producir un efecto en nosotros, un efecto que se expresa en por lo menos dos maneras: Debe llenarnos de confianza, y debe hacer que tomemos la determinación de vivir para Dios.

Recuerde que lo que una persona de la Deidad haga, también puede decirse que lo hacen las otras dos. No nos sorprende, por lo tanto, leer que el Padre y el Hijo también moran en nosotros. En 1ª Juan 4.15 leemos: «Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios». En Gálatas 2.20, Pablo dijo: «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí».

En los pasajes que hablan de Dios o Cristo morando en nosotros, es valioso hacer notar cuán a menudo ese habitar de Ellos se relaciona con el Espíritu. Por ejemplo, en Juan 14.23, en el contexto de la promesa que hace Jesús en el sentido de enviar el Espíritu (vers.ºs 16–17, 26), se lee que Dios y Cristo hacen su morada con los que guardan la palabra de Cristo. En Efesios 3, Pablo oró que Dios concediera a sus lectores «el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en [los] corazones [de ellos]» (vers.ºs 16–17). Juan escribió: «Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y

Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado» (1<sup>era</sup> Juan 3.24). Un poco más adelante, en la misma carta, él dijo: «Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu» (4.12–13).

Tal vez fueron pasajes como los anteriores los que llevaron a algunos a concluir que Dios y Cristo moran en nosotros de forma representativa, mientras que el Espíritu Santo mora en nosotros de modo personal.<sup>6</sup> En el pasado, era común que los autores cristianos se refirieran a los tiempos antiguotestamentarios como «la dispensación del Padre», a la estancia de Cristo en la tierra como «la dispensación del Hijo», y a la Era Cristiana como «la dispensación del Espíritu Santo».<sup>7</sup>

### FORMAS COMO AYUDA A LOS CRISTIANOS EL ESPÍRITU AL MORAR EN ELLOS

El texto primordial sobre lo que hace por los cristianos el Espíritu al morar en ellos, es Romanos 8. Ya comentamos «el tirón hacia arriba» del Espíritu (vea vers.<sup>o</sup> 2); el papel del Espíritu en nuestra resurrección corporal (vers.<sup>o</sup> 11); y el hecho de que, por el Espíritu, podemos hacer morir las obras del cuerpo (vers.<sup>o</sup> 13). En lecciones que vienen, aprenderemos acerca de ser guiados por el Espíritu (vers.<sup>o</sup> 14), el testimonio que el Espíritu da junto con nuestro espíritu (vers.<sup>o</sup> 16) y la ayuda que nos da el Espíritu en nuestras debilidades (vers.<sup>o</sup> 26). Como ya se dijo, existe polémica en cuanto a la forma como el Espíritu cumple las tres funciones anteriores y, como ya se dijo, Pablo no hizo ningún intento por explicar el «cómo». Sencillamente aseveró lo que el Espíritu hace y, en efecto, nos pidió que lo aceptáramos por fe.

Todos coinciden en que una forma como el Espíritu Santo nos ayuda es por medio de la Palabra que Él inspiró. En Efesios 6.17, a la Palabra se le llama «la espada del Espíritu». Que ni se nos ocurra minimizar este aspecto del ministerio del Espíritu. La Palabra produce fe (Romanos 10.17), nos limpia (Juan 15.3; vea Hechos 15.9), nos santifica (Juan

<sup>6</sup> Este era el punto de vista que sostenía Raymond Kelcy, director del Departamento de Biblia del Oklahoma Christian College (que hoy es la Oklahoma Christian University). Se comenta en J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *Thesalonians, Corinthians, Galatians and Romans (Tesalonicenses, Corintios, Gálatas y Romanos)* (Cincinnati: Standard Publishing, s. f.), 359.

<sup>7</sup> H. Leo Boles, *The Holy Spirit: His Personality, Nature, Works (El Espíritu Santo: Su personalidad, naturaleza, obras)* (Nashville: Gospel Advocate Co., 1942), 51–53.

17.17, 19), trabaja en nosotros (1<sup>era</sup> Tesalonicenses 2.13), y nos salva (Santiago 1.21; vea 1<sup>era</sup> Pedro 1.22–23). Pablo nos lanzó el reto de llevar «el fruto del Espíritu» en nuestras vidas (Gálatas 5.22–23); sin embargo, no puede haber fruto si no hay semilla, y «la semilla es la palabra de Dios» (Lucas 8.11).

Hay quienes restringen el ministerio del Espíritu a la Palabra; sin embargo, esta restricción parece haberse llevado al extremo. Anteriormente, hicimos notar que el don del Espíritu es propio de la Era Cristiana y es algo que los no cristianos no tienen. No obstante, los que vivieron bajo el Antiguo Testamento tuvieron la palabra de Dios por medio de los profetas, e incluso los no cristianos pueden poseer ejemplares de la Palabra. Tal vez ayudaría el acordarnos que es del Espíritu de Dios que estamos hablando. ¿Dio Dios Su Palabra y luego nos abandonó? ¿No continúa Él trabajando en las vidas de los Suyos? ¿No tiene propósito y poder la oración (Santiago 5.16)?

Romanos 8.28 declara que Dios obra providencialmente en nuestras vidas.<sup>8</sup> No olvide que aquello que se dice que un miembro de la Deidad puede hacer, también se dice de los otros dos. El contexto de Romanos 8.28 es la obra del Espíritu en la vida del cristiano (vea vers.<sup>os</sup> 26–27). Por lo tanto, concluimos que el Espíritu obra providencialmente en nuestras vidas, organizando los eventos de modo que «todas las cosas [ayuden] a bien».

¿Hace el Espíritu Santo algo más por nosotros al morar en nosotros? Más adelante en Romanos, encontramos esta bendición: «Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo» (15.13). Anteriormente, cité de la oración de Pablo por los efesios: «... para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu» (Efesios 3.16). Esta oración es seguida por una bendición: «Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén» (Efesios 3.20–21). Como ya se dijo, Pablo enunció verdades y no hizo intento alguno por explicar el «cómo».

### CÓMO APROVECHAR LA PROVISIÓN DE DIOS

Lo entendamos o no en su totalidad, el Nuevo

<sup>8</sup> Romanos 8.28 se comentará en lecciones de más adelante.

Testamento enseña que Dios ha puesto maravillosos recursos a disposición de los cristianos por medio de Su Espíritu. Lamentablemente, el hecho de que los recursos estén disponibles no significa que sean aprovechados. Leí acerca de un hombre que cayó al mar. Se le lanzó una cuerda salvavidas, pero rehusó agarrarse de ella, por lo cual murió ahogado. Leí acerca de otro hombre que no acertó a hacer los pagos del préstamo y perdió su casa. Vivió el resto de sus días en las calles como un vagabundo sin casa. Después que murió, se descubrió que tenía \$100,000 en una cuenta bancaria. Tenía los recursos que necesitaba, pero, por alguna razón, decidió no hacer uso de ellos. Dios nos ha provisto con los recursos que necesitamos para vivir la vida cristiana, pero depende de nosotros que los aprovechemos.

¿Cómo aprovechamos la provisión de Dios? Analizaremos esta pregunta en lecciones próximas a medida que seguimos estudiando las formas específicas como el Espíritu nos ayuda (Romanos 8.14, 16, 26); sin embargo, no están de más algunos comentarios a estas alturas. Cuando somos bautizados, el Espíritu Santo hace Su morada con nosotros (mora en nosotros) (vea Hechos 2.38; Romanos 8.11). Cada uno de nosotros decide si trata al Espíritu como un huésped grato o si lo ignora como un visitante no deseado.

En 1<sup>era</sup> Tesalonicenses 5.19, Pablo escribió: «No apaguéis al Espíritu».<sup>9</sup> La analogía tiene que ver con arrojar agua sobre un fuego con el fin de apagarlo. Esta figura retórica hablaba poderosamente a los lectores del siglo primero. El fuego era necesario para dar calor y se usaba para cocinar. Era la única fuente de iluminación. Si el fuego se apagaba, quedaban expuestos al frío, al hambre y a las tinieblas. Hay muchas maneras como se puede «apagar» al Espíritu. Permítame mencionar algunas muy obvias:

- *Por ignorancia*, esto es, por ignorancia de la Palabra de Dios. La única manera objetiva como podemos saber lo que el Espíritu Santo desea que nosotros hagamos es leer y estudiar el Libro que Él inspiró.
- *Por incredulidad*. Algunos conocen lo que la Biblia dice, pero no están convencidos de que en realidad fue inspirada por el Espíritu de Dios.

<sup>9</sup> Primera de Tesalonicenses 5.19 se encuentra en un contexto que se refiere tanto a la actividad milagrosa como a la no milagrosa. En el siglo primero, la exhortación en el sentido de no «apagar al Espíritu» se aplicaba tanto si uno poseía un «don extraordinario» como si poseía «el don ordinario».

- *Por indiferencia*. Algunos están conscientes de la enseñanza bíblica, pero no tienen interés en seguir los preceptos de la Palabra.
- *Por desobediencia*. Algunos prestan poca o ninguna atención a las instrucciones del Espíritu que están en la Palabra; insisten en seguir sus propios caminos. Según el lenguaje de Romanos 8, andan según la carne, no según el Espíritu.

Al Espíritu no solamente lo podemos «apagar», sino que también podemos «contristarlo». Pablo dijo a los Efesios: «Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Efesios 4.30). ¿Ha sido usted contristado alguna vez por alguien a quien ama, por alguien a quien quiso ayudar, pero que rechazó su ayuda y consuelo? Entonces entenderá un poco cómo se siente el Espíritu cuando los hijos de Dios ignoran la Palabra y rehúsan Su ayuda. Un predicador famoso de tiempos pasados, dijo que es probable que todos nos sorprendamos el Día del Juicio al enterarnos de las muchas maneras como contristábamos al Espíritu de Dios.

Además de apagar y contristar al Espíritu, podemos «hacerle afrenta». El autor de Hebreos dijo que los cristianos que «pecan deliberadamente» (10.26) han «[hecho] afrenta al Espíritu de gracia» (vers.º 29). A mí no me gusta que me hagan afrenta, ¿y a usted? Tampoco al Espíritu Santo. No obstante, cuando insistimos en vivir de modo contrario a como Dios desea que vivamos, esto es exactamente lo que hacemos.

Avancemos a lo positivo: podemos tratar al Espíritu como un huésped grato y recibir ayuda de Este. En Efesios 5.18, Pablo dijo: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu». En este versículo hay varios contrastes que resultan obvios. En lugar de ser llenos de alcohol, debemos ser llenos del Espíritu de Dios. En lugar de dejar que el alcohol nos controle, debemos ser controlados por el Espíritu. En lugar de depender del alcohol, debemos depender del Espíritu de Dios. Cuando considero las palabras «llenos del Espíritu», me pregunto si Pablo pudo estar haciendo un juego de palabras.

La palabra para Espíritu (*pneuma*) es también la palabra para «viento». Los lectores de Pablo estaban familiarizados con las embarcaciones de vela que dependían del viento. Para que un barco pudiera ser impulsado hacia adelante por el viento, sus velas tenían que ponerse en la posición correcta. Cuando estaban en la posición correcta, se llenaban con el viento, de modo que el barco podía desplazarse

hacia adelante. En Romanos 8 Pablo recalcó que debemos poner nuestras mentes en las cosas del Espíritu (vers.<sup>os</sup> 5–6). Cuando nuestras mentes están puestas en estas cosas, el Espíritu Santo puede llenar nuestras vidas del mismo modo que el viento llena las velas que están puestas correctamente. Permítame expresarlo tan sencillamente como sé expresarlo: Si yo deseo que el Espíritu llene mi vida y me ayude a ser todo lo que puedo ser como cristiano, debo tener una actitud mental (una mentalidad) que desea, por encima de todo lo demás, hacer la voluntad de Dios.

¿Tiene usted que entender todo lo relacionado con el Espíritu que mora en usted y con la obra de Este, para que Él pueda bendecir su vida? Podemos estar agradecidos de que la respuesta a la pregunta es no, porque que nadie puede afirmar que entiende al Espíritu en su totalidad. Lo que importa es que entendamos cómo aprovechar Su ayuda. Cuando yo era más joven, a veces plantaba una hortaliza. No entendía cómo germinaban y crecían las semillas, pero sí entendía cómo ponerlas en la tierra, regarlas, abonarlas y luego mantener la hortaliza libre de malezas. El resto se lo dejaba a Dios, y Este me daba una cosecha. Del mismo modo, no entiendo en su totalidad cómo es que el Espíritu mora en mí y cómo me bendice. Lo que sí sé es cómo Dios desea que yo viva. Trato de vivir de ese modo, y el resto se lo dejo a Dios. Después de casi sesenta años de vivir la vida cristiana, puedo dar testimonio de que Dios jamás me ha decepcionado. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo han llenado mi vida con bendiciones demasiado numerosas para poner en una lista.

## CONCLUSIÓN

Anteriormente, pregunté cómo podemos saber que el Espíritu mora en nosotros, y respondí que lo sabemos porque la Biblia lo enseña y lo aceptamos por fe. J. W. McGarvey hizo un comentario adicional en relación con esta pregunta:

... la ayuda del Espíritu Santo, aunque real y efectiva, no constituye una intrusión suficiente para que el ayudado [...] la note [por sus sentidos]. Según toda apariencia y sensación [física] la victoria de la carne corresponde totalmente al cristiano, y este reconoce la ayuda del Espíritu, no porque [pueda percibir que] sus cargas [...] se han aliviado, sino por el hecho de que en sus esfuerzos por hacer bien, ahora tiene éxito donde [anteriormente] fracasaba.<sup>10</sup>

Un hijo de Dios<sup>11</sup> puede hacerse una prueba

<sup>10</sup> McGarvey y Pendleton, 360.

<sup>11</sup> Se usa la expresión «un hijo de Dios» porque es posible

y verificar si ha permitido que el Espíritu llene su vida, o si ha apagado al Espíritu. La prueba consiste en verificar si en su vida se está cultivando «el fruto del Espíritu»: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gálatas 5.22–23). En vista de que todas estas eran cualidades que poseía nuestro Señor, George Bailey expresó la idea como sigue: «Amados, el propósito final del Espíritu al morar en ustedes, es reproducir en los hombres la hermosura y la gloria de la personalidad de Cristo. Si ustedes desean tulipanes sobre la tierra, los bulbos deben importarse del cielo».<sup>12</sup> ¿Que Dios nos ayude a andar según el Espíritu, de modo que «el fruto del Espíritu» pueda verse en nuestras vidas!

Al poner punto final, no está de más una palabra de advertencia. Algunos se preocupan tanto del Espíritu Santo y de la obra de Este que dan más atención al Espíritu que al Hijo. No hay duda de que esto contrista al Espíritu. Cuando el Espíritu Santo inspiró la Biblia, no fue propósito Suyo revelarse o exaltarse a sí mismo. Jesús dijo: «Pero cuando venga el Consolador [...] el Espíritu de verdad [...] él dará testimonio acerca de mí» (Juan 15.26). Pablo no dijo: «... me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino al Espíritu Santo y Su ministerio». Antes, esto fue lo que dijo: «... me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (1<sup>era</sup> Corintios 2.2). El apóstol no dijo: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la obra del Espíritu Santo». Antes, esto fue lo que dijo: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6.14a). Aprendamos lo que podamos acerca del Espíritu y su obra, pero no perdamos de vista el propósito para el que se nos dio el Espíritu, que fue ayudarnos a seguir a Jesús y llevarnos más cerca de Dios. ■

---

## NOTA PARA PREDICADORES Y MAESTROS

Cuando use este sermón, diga a sus oyentes lo que el Espíritu Santo ha revelado acerca de cómo «seguir a Jesús» (Mateo 16.24; Juan 14.15; Marcos 16.16; Mateo 24.13).

---

que un incrédulo tenga algunas de las cualidades mencionadas en Gálatas 5.22–23. Sin embargo, no es posible que un hijo de Dios «sea lleno del Espíritu» sin por lo menos estar en el proceso de cultivar estas cualidades.

<sup>12</sup> George Bailey, conferencia presentada en el Central Christian College, Bartlesville, Oklahoma (que hoy es la Oklahoma Christian University, situada en la Oklahoma City).